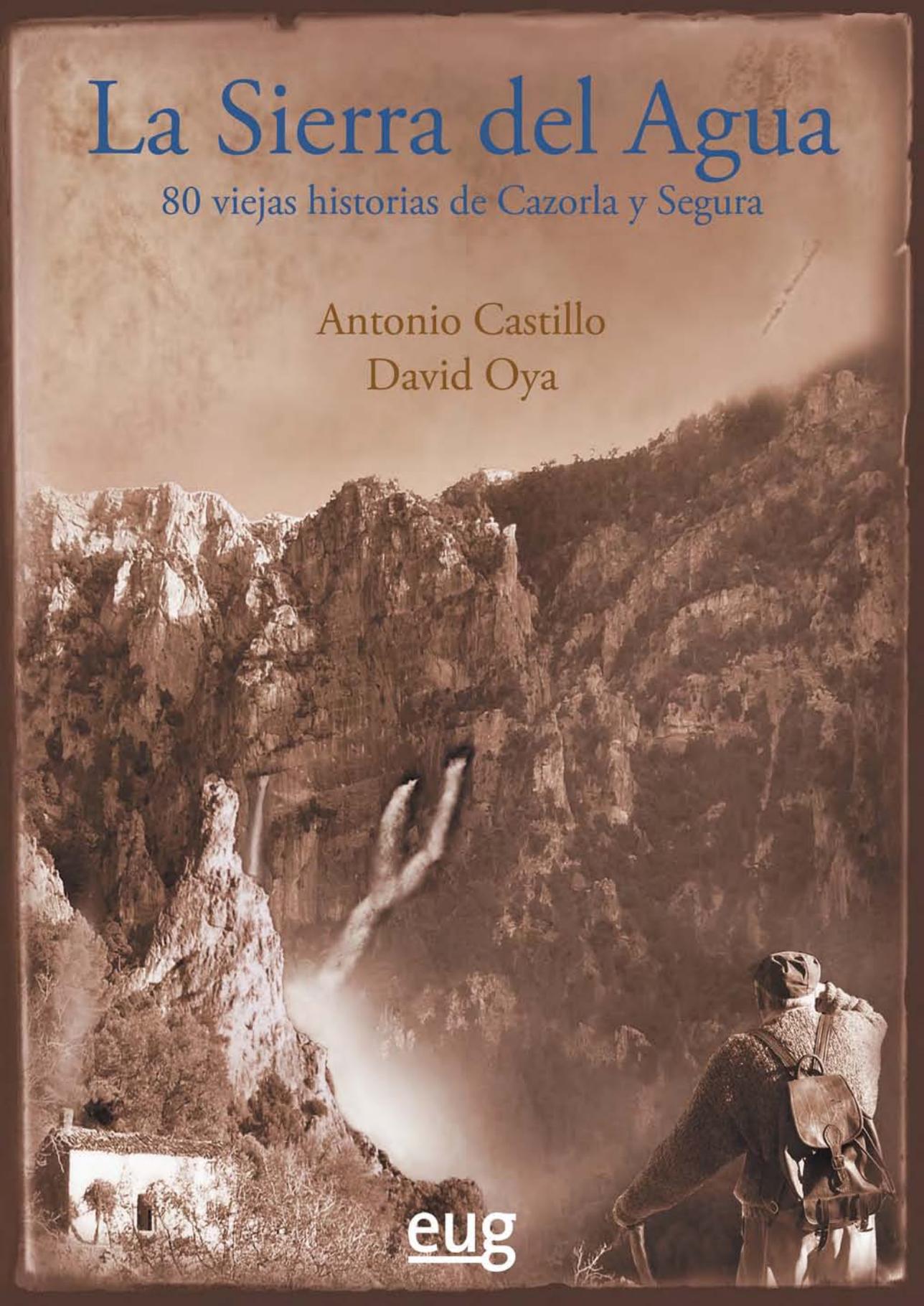


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"La Sierra del Agua. Montañas de alumbramientos y reventones"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorra y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5. Editorial Universidad de Granada. 27-30



1. *La Sierra del Agua.* Montañas de alumbramientos y reventones

Por Antonio Castillo



«Eran sierras preñadas de aguas que alumbraban cientos de arroyos: era *La Sierra del Agua*» (foto procedencia Antonio González)

HASTA ÚLTIMOS del siglo XIX se vivió en la Sierra una época más fría y húmeda que la actual, fue la «Pequeña edad del hielo». En la primavera manaban de las rocas impresionantes chorros de agua a presión, que se precipitaban por laderas y cortados. Despeñaderos y cascadas (*chorreaeros*, en el argot local) estruendosas que se oían a kilómetros a la redonda. El espectáculo de los «reventones» no era nuevo para aquellos hombres, «los Hornilleros» de González-Ripoll, que sin embargo siempre quedaban extasiados ante las cataratas que caían desde las alturas.

—Fué en el 12 (1912). Yo tenía entonces unos 10 años. Aquél invierno habían caído unas nieves muy grandes, y vinieron de golpe temporales de agua con templanza. La nieve se iba por momentos y el río venía hecho un mulo, con un rugido grande y sordo que se oía desde lejos. Recuerdo que al amanecer, cuando salía con mi padre a la puerta del cortijo, a echarme agua de la zafa para despabilarme frente al espejico de la pared, se sentía un estruendo bronco que subía de los trancos del río. Desde ellos se elevaban jirones de nieblas de las aguas despeñadas.

Mi casa, junto a otras próximas, se alzaba al resguardo de un espolón calizo, que la protegía de vientos y heladas. Pese a estar algo retirada del voladero, algunos peñascos gordos salpicaban los alrededores, señal de que en algún momento, siglos atrás, debieron venir rodados desde la pared. Y si uno se fijaba, se adivinaban en ella las mellas y manchas de diferente color de esos viejos desprendimientos.

El agua sudaba, brotaba y escurría por todos los poros de la piedra, también por tajos y lanchares, donde habitualmente era tragada por oquedades y rajas. Hasta los barranquillos más insignificantes llevaban agua y los cauces principales no se podían pasar, ya que los puentes que teníamos hechos con troncos habían sido arrastrados.

Disimuladamente, mi padre andaba preocupado e inquieto. Pensaba que tal como venía el año podría venirse abajo una pequeña muela que se alzaba sobre el cortijo. Y no teniendo otro sitio donde cobijarnos, había dispuesto, como única solución, trasladar la fami-

lia a una choza-cueva alledaña de un antiguo pastor, más protegida y algo más desenfada del posible derrumbe.

Pasaron los días y la nieve se fue. Aquello fue por últimos de febrero. No se me olvidará jamás. Una tarde, ya casi oscuro, venía de carear las ovejas en la solana cuando me sobrecogió el corazón un estruendo enorme, que rebotó con eco en todo el valle, como una explosión muy fuerte. Nunca antes había oído nada semejante. Al instante pensé, ¡hala, se nos ha caído el tajo encima! Estaba metido en una pequeña navilla que hacía el terreno, y eché a todo correr a asomarme a un colladito de balcón, desde el que se dominaban las casas. Al dar vistas con el corazón en un puño quedé extasiado frente a un espectáculo sobrecogedor. Del paredón había brotado, como por arte de magia, una enorme catarata que se precipitaba al vacío desde centenares de metros de altura, a un kilómetro escaso de las casas. La muela seguía intacta, y a las puertas de los cortijos distinguía figuras humanas, entre ellas las de mi madre y hermanas.

Entré en éxtasis. Eso, y el súbito alivio por tanta tensión acumulada del susto y la carrera, me hicieron caer de rodillas sin poderlo evitar. Entonces recordé las palabras que me dijera el abuelo antes de morir: «Verás brotar un gran *chorreaero* de la pared del tajo. Ese día acuérdate de mí». No lo puede remediar, allí solo ante aquél espectáculo sobrecogedor, me eché a llorar. Todavía subo a aquel puntalillo los años de aguas, pero ya no he vuelto a ver una cascada tan grande como aquella de mi infancia.

Esa es la historia que yo quería contarle, pero no ponga usted nombres en los papeles. Aunque el fenómeno es conocido por los del lugar, no desearía que se profanase el sitio con ese turismo de gasolina, mal entendido, que cada vez abunda más en esta sierra.

Desde un punto científico, lo que pasó aquel lejano invierno, y seguirá ocurriendo por los siglos de los siglos, es lo que se conoce como un «reventón», o más técnicamente como la aparición de un manantial de *trop plein*, que en francés significa demasiado lleno. Tras abundantes

e intensas precipitaciones, o deshielos acelerados, los conductos por los que circula el agua en el interior de la roca caliza se ven incapaces de evacuar todo el caudal que entra. En poco tiempo, el nivel dentro de la roca asciende; el aire es desplazado y escapa a presión por fracturas, como anticipo al agua que viene detrás. Cuando excepcionalmente quedan bolsadas de aire atrapadas, la fuerza del agua lo comprime hasta el punto de provocar violentas salidas de éste al exterior, con estruendos semejantes a explosiones, perceptibles algunas veces a kilómetros a la redonda. Es la antesala al alumbramiento del agua por las mismas oquedades. Se dice entonces que tal fuente o manantial ha *reventado*.

Las sierras de Cazorla y Segura se disponen en bandas o «escamas» carbonatadas, con abundantes farallones, cortados y precipicios por donde es relativamente frecuente ver caer estas cascadas. Estos fenómenos son excepcionales y efímeros. Son anticipo a excelentes praderías de verano y cosechas de cereal.

*Con diez años me quedé de mayoral con las ovejas, y mi hermanillo,
que tenía siete, venía conmigo de zagal,
y yo heredé la honda y él el miedo,
porque así es la vida*

JUAN LUIS GONZÁLEZ-RIPOLL, *Los Hornilleros*, 1976

